

¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Empezar á gritar, protestando y luchando de nuevo? ¿Retrasar la hora que parecía haber sonado por último? Me pareció que era preferible á pesar de la oscuridad, llegar al altar cuyo sitio conocía y esperar que la vestal llegase también á él para sacrificar á los dioses.

XI

Si alguna lectora bastante espiritual y bastante curiosa para haberme seguido hasta aquí, se volviese temerosa ó un poco timorata desde este punto, se parase, preguntándose : « ¡A dónde va á parar, Dios mío! ¿A dónde va? ¿Debo continuar? ¿Me lo permite mi conciencia? » Yo le respondería : Creo señora, que vuestra conciencia os lo puede permitir todo. Lo que tengo que deciros en este capítulo, no es lo que podéis presumir ni lo que podéis imaginar. Es

precisamente lo contrario. El lado material de mi cuento, se va á borrar en fuerza de debilitarse su imagen. La situación, que reconozco era un poco tirante, va ya á suavizarse. Bien pronto dejará de haber un movimiento que esté á la altura de las circunstancias.

Continúo, pues, señora, con ó sin vos, aunque probablemente me acompañaréis, puesto que ya os he tranquilizado.

Mi desconocida no tardó mucho en venir á buscarme donde yo la esperaba guiada en la oscuridad por mi voz que la llamaba y por mis manos que buscaban las suyas. Ella no dudaba ya y tomada su resolución de mujer enérgica, quería terminar de una manera brusca : « Terminemos » había dicho, y en efecto, lo que quería era concluir.

Pero yo no tenía tanta prisa como ella : al ser soltero, no tenía para entrar en mi casa los motivos que un marido ó un amante sin duda, debían imponerla. En esta casa

en que las aventuras y las sorpresas son muy raras y en que todas las mujeres se parecen un poco, si no en el rostro, al menos en sus costumbres y modales, la casualidad me había puesto en los brazos una criatura nueva, joven, admirablemente hermosa, misteriosa y extraña ; el asilo era bien seguro ; nadie ni nada amenazaba mi tranquilidad : puedo por lo tanto asegurar que, impulsado por mi egoísmo, sentía el deseo de aprovechar todo el tiempo posible de mi buena suerte, prolongando mi felicidad.

A esto puedo agregar el que esperaba pagar muy cara mi buena suerte, porque si la desconocida no lo exigía, Lareine estaba allí para explotar la situación y yo quería también aprovecharme de ella.

Por último, quizá existía aún otro motivo para no querer obrar bruscamente ; la resistencia que me habían presentado, aquella larga lucha llena de esperanzas y decepciones, lo original de la aventura, me habían

impresionado vivamente. Los nervios tienen una sensibilidad extremada en todas las cosas; la variación atmosférica, una emoción viva, una repentina sorpresa, turban, hacen flaquear por un momento al más fuerte, y mucho más al que ya pasa por una persona exageradamente nerviosa. El doctor Charcot, que es muy entendido en esta materia, me ha dicho un día : « Sois una persona excepcional. »

La oscuridad ejercía también sobre mí una influencia desagradable. En lugar de ver con mis ojos, que es innegablemente la manera natural de ver, yo veía con la imaginación y con la memoria, lo cual es algo enojoso. También era preciso adivinar, puesto que aún no conocía por completo á mi compañera por su ocurrencia de apagar repentinamente las luces, precisamente en el momento en que yo miraba con más fijeza para conocerla mejor.

Bien sé que se me podría responder : Ahora la tenéis en vuestros brazos, sus

ropas, que hace un momento os molestaban tanto, no os estorban ya; os separa únicamente un último velo, que es de lo más ligero; no es necesario, por lo tanto, hacer un gran esfuerzo de imaginación para saber cómo es. El ciego sabe apreciar las líneas de un cuerpo, porque si bien es cierto que no ve, tiene á su disposición otro sentido, que en cierto modo reemplaza al que le falta.

Es verdad; ¿pero se puede emplear siempre? Lo mismo que una mujer se sustrae á una mirada curiosa envolviéndose en su velo, del mismo modo puede sustraerse á otras curiosidades más activas. Se defiende, se aleja, os coge las manos y os inutiliza los brazos, diciendo con voz suplicante: « ¡No! ¡no! ¡os lo suplico! » Se deja uno convencer por una especie de debilidad, y se despierta por lo tanto el temor de quedar más debil, entablado una nueva lucha; no hay más remedio, pues, como decía, sino buscar y adivinar con la mente,

que era la situación á que me veía reducido.

Adivinaba, ¿por qué no he de confesarlo? como consecuencia de algunas aproximaciones fortuitas, un pecho extenso, desarrollado, fuerte, levantado y firme, de sorprendente dureza; formas torneadas, cubiertas de carnes sin exageración, de hermosa morbidez; un cuerpo de mujer que había conservado sus contornos, su delicada finura y toda la rigidez del cuerpo de una niña.

Sí, adivinaba y sentía todo esto sin poseer nada. Aquella mujer, dispuesta á darse, no se entregaba: admitía el fin, pero no aceptaba los medios. Encontraba odioso todo aquello que un poeta llamaría premisas del amor. ¿Era aquello ignorancia y honestidad?

Si era esto último, ¿qué hacía entonces en aquella casa? ¿Era ignorante? No. En mi vida errante y accidentada he encontrado algunas veces mujeres ignorantes: estas se admiran haciendo una exclamación; pero

mi desconocida no se admiraba, sino que con intención deliberada rehusaba el querer comprender y manifestar saber. Sí, su boca, que tanto me había entusiasmado y que estaba viendo, á pesar de la oscuridad, encendida, ardiente y provocativa, con sus blancos dientes, permanecía inanimada, inerte, cerrada, rechazando hasta un beso.

¡Ah! ¿valía la pena haber teorizado sobre el beso, describir sus voluptuosidades, evaluarlas en mucho, subiéndolas hasta las nubes para no poder probarlo?

Una boca cerrada es lo mismo que una carta, una botella lacrada, una flor cuyo perfume no se puede aspirar, una flor artificial ó marchita que da frío al acercarla á los labios.

Agotaba mis recursos para reanimarla y hacerla vivir. ¡Inútiles esfuerzos! Ante la resistencia de ciertas mujeres somos impotentes. Se dice que es posible ser dueño de una mujer por medio de la fuerza bruta, pero nunca se la podrá obligar á dar el

beso que de ella depende y del cual es árbitra. Podrá aguantarlo, pero no lo dará.

Entonces, puesto que me rehusaba lo que más prefiero en la mujer y puesto que desdeñaba los preliminares, me resolví á llegar á la terminación de la manera que ella quería.

Pero ¿es fácil concluir cuando ha habido una mala explicación y cuando se ha perdido el hilo del discurso? ¿Seríais capaces de exigir un buen discurso al orador que hubiese hecho un mal exordio? ¿Aplaudiríais el desenlace de una obra, cuyos primeros actos os hubieran hecho mal efecto ó hubieran carecido de interés? No; la obra se hace insoportable, y viene la caída silbando al autor. Yo también merecía ser silbado como éste.

Si me tira la primera piedra cualquiera que no haya tenido una aventura tan desagradable, yo la recogeré para tirársela á mi vez, diciéndole: « Jamás has deseado á una mujer de una manera ardiente,

nunca has luchado con su resistencia, ni has amado nunca; no tienes sangre en las venas, ni tensión en tus nervios, ni nada en tu cerebro. Solamente los brutos son los que no experimentan nunca estas laxitudes; los seres inteligentes son los que están expuestos únicamente, en circunstancias excepcionales. Las mujeres de talento y de experiencia, saben comprenderlo y perdonan, esperando al día siguiente otra cosa mejor.»

Quizá mi desconocida carecía de experiencia y de talento, porque me empujó de repente dejándome desconcertado. No me atreví á retenerla, se desprendió de mis brazos y se lanzó en medio del cuarto.

Permanecí solo en mi sitio, silencioso, inmóvil, furioso contra ella y contra mí, y preparando algunas razones para demostrarla que estaba la razón de mi parte y que me debía la revancha.

Pero sin duda debí estarme reflexionando mucho tiempo, porque cuando iba á empezar á hablar se abrió la puerta.

Lareine acababa de entrar llamada por la campanilla. Su primera operación fué encender la luz, y mi asombro no tuvo límites al ver á mi desconocida dispuesta á salir con el abrigo puesto y cubierta con el capuchón lo mismo que estaba á su llegada. Había encontrado sus vestidos á pesar de la oscuridad, y mientras que yo preparaba mi discurso, ella se había vestido precipitadamente, sin duda con el deseo de huir de mí lo más pronto posible, como en efecto, hizo en el momento de ver la puerta abierta.

¿Cómo seguirla y alcanzarla? Bien lejos de prever una marcha tan brusca, estaba acostado tranquilamente en una desnudez decente.

XII

Algunos minutos después encontré á Lareine en el descanso del piso principal.

— ¿Se ha marchado? le pregunté.

— Hace bastante rato. Parecía furiosa; ¿qué la habéis hecho?

— Yo nada, contesté bajando la cabeza.

En seguida quise arreglar mi cuenta. Pero Lareine, que de ordinario se cuidaba mucho de este detalle, parecía dudar un poco turbada. Sin duda fluctuaba entre dos

sentimientos: por una parte el deseo natural de enriquecerse, y por otra la buena fe profesional que puede existir según se ha visto, por muy grande que sea la baja del oficio que se ejerce. El segundo sentimiento fué el que acabó por triunfar.

— Me veo muy apurada para contestaros, concluyó por decirme. Esa señora que había rehusado antes imponer sus condiciones, no ha querido tampoco oír después hablar de ellas. He tratado de retenerla, hacerla hablar para saber quién era, porque innegablemente sería un buen reclamo, y en lugar de responderme, se ha separado de mí de una manera brusca, bajando precipitadamente la escalera. Ya os había dicho que era una mujer extraordinaria.

¡Ya lo creo! yo lo sabía mucho mejor que ella, pero no me gustaba dar cuenta de mis asuntos á Lareine. Sobre todo, me habría disgustado mucho quedar como deudor de aquella desconocida, que había hecho su

oficio de cortesana sin entusiasmo, aunque es bien cierto que éste no se puede exigir; pero si ella rehusaba el pago por escrúpulos, yo debía hacerlo por delicadeza. Tampoco podía admitir que se faltase á las costumbres de la casa, porque hubiera sido yo el que faltaba á las mías. Mi amor propio me obligaba también á insistir en la cuestión de dinero, porque disminuía mi flaqueza á mis ojos; una mujer que se entrega, merece que se corresponda á su confianza; pero una mujer que se vende, no tiene derecho á exigir iguales atenciones.

— Tomad, dije á Lareine, poniéndole en la mano cincuenta lises, esto es para ella si la volvéis á ver, y si no para vos. Lo dejo á vuestra elección, porque esto no me importa.

Y me marché lo mismo que la otra sin querer escuchar nada.

Algunos momentos después, y cerca de la Plaza de la Opera, se me acercó un ami-

go que bajaba del Sporting y á quien no había visto en mucho tiempo.

— ¿De dónde venís? le pregunté.

— De Monte-Carlo, me dijo, en donde he estado quince días.

— Monte-Carlo, repetí, añadiendo con los dientes apretados : ¡Ah! Sí. La casa donde se pasa y falta.

Mi amigo no me comprendió, suponiendo que yo aludía al negro ó encarnado, par ó impar, pasa y falta de la ruleta.

XIII

El deseo satisfecho nos hace con frecuencia ingratos y olvidadizos. Nuestros pensamientos y nuestras miradas se dirigen á un mismo punto, durante mucho tiempo, tomando distinta dirección desde el momento en que han llegado á él. Pero si el deseo ha sido excitado sin que se satisfaga y ha cabido precisión de pararse en la mitad del camino que se había de recorrer, el espíritu se inquieta, se irrita, y en lugar de olvidar, se acuerda demasiado. Estos re-